



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

1898: Pequeños triunfos en un año de desastres

Por Agustín Ramón Rodríguez González
Historiador

EL gobernador de Cuba, general Blanco, a ministro de Ultramar (La Habana, 8 de enero de 1898).

*A Marina se deben 2,33 millones que conven-
dría liquidar para que puedan hacer servicio
gran número de barcos que están Arsenal con
averías sin poder repararlas por falta de fondos.*

Almirante Manterola a ministro de Marina (La Habana, 1 de abril de 1898).

*De los 55 buques que componen esta escua-
dra, 32 son lanchas de auxilio poco útiles aún
para la policía de costa, referida sólo a las expe-
diciones filibusteras; los dos cruceros están
completamente inútiles Alfonso XII sin movimien-
tos propios. Reina Mercedes de sus 10 calderas
7 inútiles y 3 poco menos. Marqués de la Ense-
nada, Isabel II y Venadito sólo este último nave-
ga, los otros no pueden moverse en un mes.
Magallanes tampoco puede encender los fue-
gos... los cañoneros-torpederos... pueden utili-
zarse, mejor dicho, moverse... De los cañoneri-
tos construidos en Inglaterra, creo excusado de-
cir nada a V. E.*

Este era el estado de nuestras fuerzas navales en las Antillas. Las operaciones contrainsurgencia y el constante patrullar para impedir la llegada de buques con armas y voluntarios con destino a las guerrillas cubanas la habían conducido a esta situación. Pero, como vemos, la Administración, pese a hallarse en los albores de una guerra internacional, persistía en su lentitud e ineficiencia.

Los barcos, sin embargo, no eran viejos. El más antiguo citado tenía quince años desde su botadura; los cruceros, entre doce y cuatro; los cañoneros-torpederos, entre nueve y siete; los cañoneritos y las lanchas, uno o dos. Ninguno era de madera. Es cierto que se trataba de bu-

ques de segunda o tercera categoría, pero sus características teóricas quedaban sin consideración por su falta de puesta a punto.

La escuadra de Manterola no ha merecido el interés que han suscitado entre los interesados en el tema la de Filipinas, Cervera o incluso la de Cámara.

Es cierto que su actuación no tuvo el carácter decisivo de las otras escuadras, pero al menos ésta evitó, en gran medida, su destrucción y nos proporcionó los pocos y modestos triunfos navales de la guerra.

Ocupados los grandes buques americanos en encontrar, perseguir y bloquear la escuadra de Cervera, recayó la misión de bloquear y atacar el resto del litoral antillano a lo que los americanos llamarán la *flota mosquito*, compuesta por cruceros medianos y pequeños, monitores, mercantes armados, cañoneros y torpederos.

Si esa merecía ese nombre, ¿cuál merecía la nuestra?

El núcleo principal de nuestra escuadra antillana permaneció en La Habana, a cubierto de las casi únicas baterías de costa modernas de que dispuso España en esta guerra. Repetidas veces los barcos de Manterola hicieron afortunadas salidas para alejar a los buques bloqueadores.

En San Juan de Puerto Rico sucedió poco más o menos lo mismo, con peores baterías, escasos barcos y la única mala suerte del destructor *Terror*, separado de la escuadra de Cervera y refugiado allí con averías, que resultó alcanzado por el crucero auxiliar yanqui *Saint Paul* cuando el pe-

Puerto de La Habana, en marzo de 1898. En primer término, los restos del Maine



queño buque intentaba torpedearlo. El *Terror* escapó con bajas y averías, pero sobrevivió a la guerra.

El resto de nuestros buques —los más pequeños— quedó repartido por multitud de puertos y cayos en Cuba. En Nipe y Casilda los americanos se apuntaron fáciles éxitos sobre los pontones convertidos en depósitos, antiguos cruceros y aviso respectivamente *Jorge Juan* y *Fernando el Católico*, apoyados por las minúsculas cañoneras *Baracoa* y *Dependiente*.

En ambos lugares, los capitanes españoles hundieron sus buques, dada su inútil defensa, aunque en Casilda el enemigo necesitó dos ataques sucesivos en junio, y el del 23 de julio para conseguir su propósito.

El cañonero *Sandoval*, de sólo 10 toneladas, tras haber defendido Guantánamo varias veces de los ataques de acorazados y cruceros yanquis, debió también autohundirse sin pérdidas para su tripulación. Uno de sus enemigos, el crucero *Marblehead*, enredó sus hélices con el cable de una mina que el *Sandoval* había fondeado, afortunadamente para el buque, y de forma insólita, la mina no estalló.

Pero los que resultaron dignos de asombro fueron algunos hechos protagonizados por esas lanchas cañoneras y cañoneros, de los que creía (y no sin fundamento) excusado hablar el almirante Manterola.

Los cañoneros, 7, habían sido construidos en Clydebank (Glasgow) tres años antes, desplazaban de 100 a 300 toneladas y los armaban dos o cuatro pequeños cañones. Uno de ellos era el *Sandoval*, del que ya hemos hablado.

Combates en Cárdenas

Las lanchas habían sido construidas en varios lugares; una docena en astilleros británicos, seis en los gaditanos de Veá-Murguía y el resto comprados en Estados Unidos y artillados en Cuba.

Tenían de promedio unas 40 toneladas, apenas llegaban a los 10 nudos y estaban armadas con un pequeño cañón de 57, 42 ó 37 mm y una ametralladora; las tripulaban una veintena de hombres.

Tres de estas lanchas estaban destacadas en el puerto de Cárdenas, cerca de Matanzas, y sólo a unas horas de navegación de la poderosa base americana de Key-West.

El 25 de abril, una de ellas, la *Ligera*, se topó a la entrada del puerto con un torpedero yanqui, un buque tres veces más grande que la *Ligera*, a la que doblaba en velocidad y cuadruplicaba en armamento.

Pese a su inferioridad, la lancha alcanzó repetidas veces al torpedero, que se retiró averiado y escorado, no sufriendo por parte española más que un solo impacto, que causó escaso daño y ninguna baja.

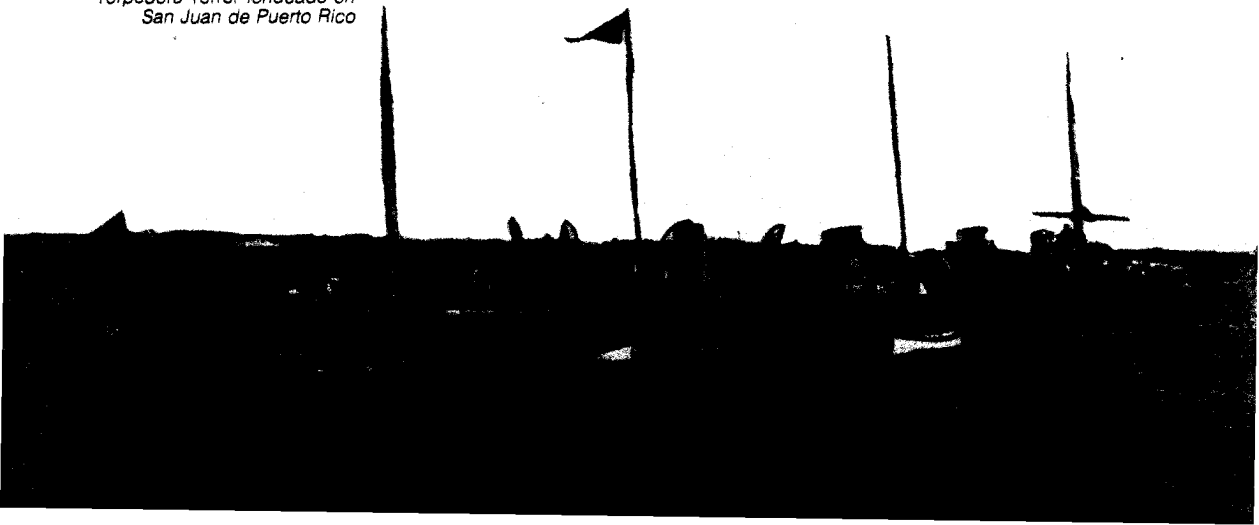
Las fuentes españolas siempre han indicado que el torpedero era el *Cushing*; de acuerdo con fuentes oficiales de la US NAVY parece probable que fuera el *Foote*.

Este primer combate naval de la guerra, declarada poco antes, junto con el éxito del cañonero *Elcano*, al apresar por entonces en Filipinas a la fragata mercante americana *Savannah*, hizo concebir exageradas esperanzas en toda España, luego defraudadas.

Los días siguientes registraron nuevas escaramuzas en torno a Cárdenas. Por fin, el 11 de mayo, los americanos decidieron aplastar a la pequeña escuadrilla.

Bajo el mando de Mr. Tood, el comandante más antiguo, atacaron el puerto, el torpedero *Winslow* (gemelo del *Foote*) el guardacostas *Hudson* y los dos pequeños cruceros *Wilmington* y *Machias*, de unas 1.500 toneladas, ocho cañones de 102 m/m y seis u ocho de 57 y 37 m/m, con sus piezas principales y las calderas protegidas por placas de acero de una a dos pulgadas de espesor; cualquiera de los dos cruceros podía por sí solo echar a pique a las tres lanchas

Torpedero *Terror* fondeado en San Juan de Puerto Rico





Contralmirante Cervera

Castillo del Morro, en Santiago de Cuba

sin sufrir apenas daños. A la 1.40 de la tarde entraron los tres primeros citados, conducidos por un práctico cubano y desplegando grandes precauciones por sospechar que aquellas aguas estaban minadas.

La *Alerta* y la *Ligera* se refugiaron en la orla de peñascos que cierra la bahía. La *Antonio López*, por su mayor calado, debió soportar en el muelle el principal peso del ataque.

Curiosamente la *Antonio López* era un antiguo remolcador estadounidense, comprado por la Trasatlántica y cedido por ella a la Marina. Tenía un cañón de 57 m/m.

Sólo entre el torpedero y el guardacostas debieron haberla hecho pedazos, pero los españoles, con mejor tiro, alcanzaron al *Winslow*, dejándolo inutilizado y con cinco muertos y tres heridos, incluidos su comandante y segundo de a bordo. El *Hudson*, alcanzado también y tras varios intentos fallidos, logró sacar a remolque al destrozado torpedero, mientras los dos cruceros disparaban sobre las cañoneras y la ciudad misma, creyendo que había baterías costeras, pues no podían creer que todo ese daño y otros dos impactos en el *Wilmington* procediera de tan pequeño enemigo.

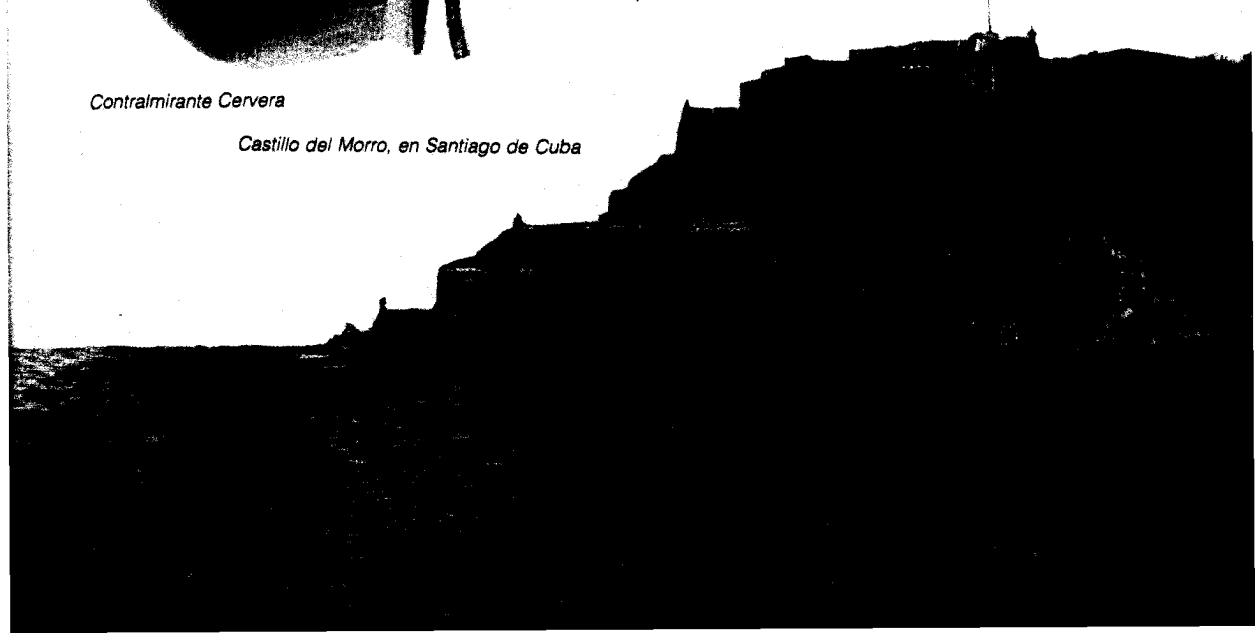
La *Antonio López* quedó acribillada por 12 tiros, pero a flote, y con solo uno o dos heridos; su comandante, el teniente de navío don Domingo Montes, recibió la Laureada de San Fernando.

Los españoles sufrieron siete bajas más en la población civil y guarnición de Cárdenas.

Al día siguiente llegaron de La Habana dos morteros de 320 m/m y seis cañones de 80 y 90 m/m para defender el puerto. Un día antes hubieran sido decisivos.

Es de notar que era el Ejército de Tierra el responsable de las baterías costeras, que sólo podrían tener aplicación naval.

Fuera por el escarmiento o por las baterías, los ameri-



queño buque intentaba torpedearlo. El *Terror* escapó con bajas y averías, pero sobrevivió a la guerra.

El resto de nuestros buques —los más pequeños— quedó repartido por multitud de puertos y cayos en Cuba. En Nipe y Casilda los americanos se apuntaron fáciles éxitos sobre los pontones convertidos en depósitos, antiguos cruceros y aviso respectivamente *Jorge Juan* y *Fernando el Católico*, apoyados por las minúsculas cañoneras *Baracoa* y *Dependiente*.

En ambos lugares, los capitanes españoles hundieron sus buques, dada su inútil defensa, aunque en Casilda el enemigo necesitó dos ataques sucesivos en junio, y el del 23 de julio para conseguir su propósito.

El cañonero *Sandoval*, de sólo 10 toneladas, tras haber defendido Guantánamo varias veces de los ataques de acorazados y cruceros yanquis, debió también autohundirse sin pérdidas para su tripulación. Uno de sus enemigos, el crucero *Marblehead*, enredó sus hélices con el cable de una mina que el *Sandoval* había fondeado, afortunadamente para el buque, y de forma insólita, la mina no estalló.

Pero los que resultaron dignos de asombro fueron algunos hechos protagonizados por esas lanchas cañoneras y cañoneros, de los que creía (y no sin fundamento) excusado hablar el almirante Manterola.

Los cañoneros, 7, habían sido construidos en Clydebank (Glasgow) tres años antes, desplazaban de 100 a 300 toneladas y los armaban dos o cuatro pequeños cañones. Uno de ellos era el *Sandoval*, del que ya hemos hablado.

Combates en Cárdenas

Las lanchas habían sido construidas en varios lugares; una docena en astilleros británicos, seis en los gaditanos de Veá-Murguía y el resto comprados en Estados Unidos y artillados en Cuba.

Tenían de promedio unas 40 toneladas, apenas llegaban a los 10 nudos y estaban armadas con un pequeño cañón de 57, 42 ó 37 mm y una ametralladora; las tripulaban una veintena de hombres.

Tres de estas lanchas estaban destacadas en el puerto de Cárdenas, cerca de Matanzas, y sólo a unas horas de navegación de la poderosa base americana de Key-West.

El 25 de abril, una de ellas, la *Ligera*, se topó a la entrada del puerto con un torpedero yanqui, un buque tres veces más grande que la *Ligera*, a la que doblaba en velocidad y cuadruplicaba en armamento.

Pese a su inferioridad, la lancha alcanzó repetidas veces al torpedero, que se retiró averiado y escorado, no sufriendo por parte española más que un solo impacto, que causó escaso daño y ninguna baja.

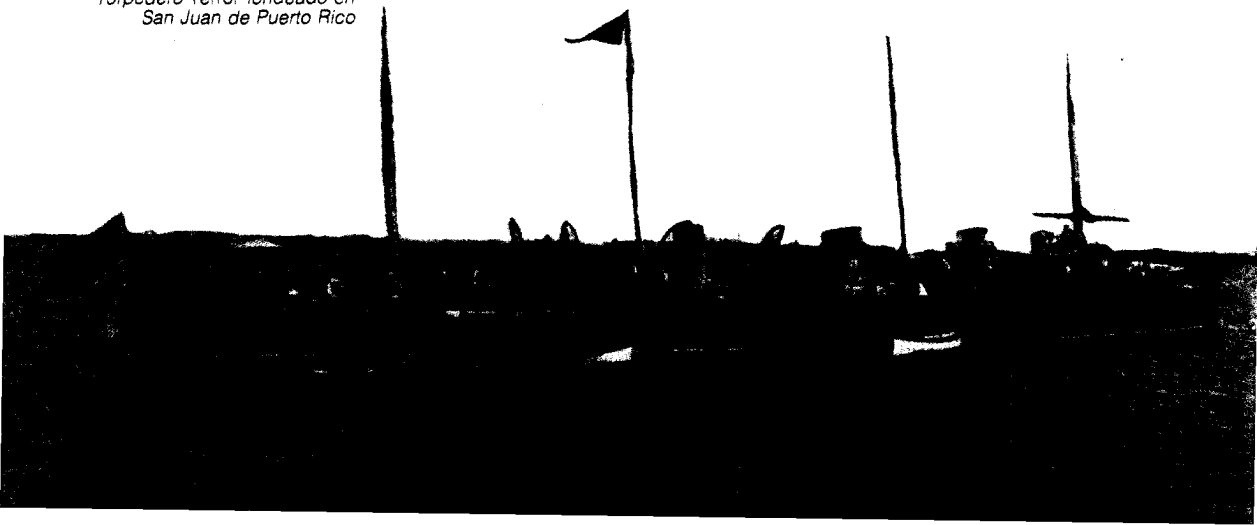
Las fuentes españolas siempre han indicado que el torpedero era el *Cushing*; de acuerdo con fuentes oficiales de la US NAVY parece probable que fuera el *Foote*.

Este primer combate naval de la guerra, declarada poco antes, junto con el éxito del cañonero *Elcano*, al apresar por entonces en Filipinas a la fragata mercante americana *Savannah*, hizo concebir exageradas esperanzas en toda España, luego defraudadas.

Los días siguientes registraron nuevas escaramuzas en torno a Cárdenas. Por fin, el 11 de mayo, los americanos decidieron aplastar a la pequeña escuadrilla.

Bajo el mando de Mr. Tood, el comandante más antiguo, atacaron el puerto, el torpedero *Winslow* (gemelo del *Foote*) el guardacostas *Hudson* y los dos pequeños cruceros *Wilmington* y *Machias*, de unas 1.500 toneladas, ocho cañones de 102 m/m y seis u ocho de 57 y 37 m/m, con sus piezas principales y las calderas protegidas por placas de acero de una a dos pulgadas de espesor; cualquiera de los dos cruceros podía por sí solo echar a pique a las tres lanchas

Torpedero Terror fondeado en San Juan de Puerto Rico





Contralmirante Cervera

Castillo del Morro, en Santiago de Cuba

sin sufrir apenas daños. A la 1.40 de la tarde entraron los tres primeros citados, conducidos por un práctico cubano y desplegando grandes precauciones por sospechar que aquellas aguas estaban minadas.

La *Alerta* y la *Ligera* se refugiaron en la orla de peñascos que cierra la bahía. La *Antonio López*, por su mayor calado, debió soportar en el muelle el principal peso del ataque.

Curiosamente la *Antonio López* era un antiguo remolcador estadounidense, comprado por la Trasatlántica y cedido por ella a la Marina. Tenía un cañón de 57 m/m.

Sólo entre el torpedero y el guardacostas debieron haberla hecho pedazos, pero los españoles, con mejor tiro, alcanzaron al *Winslow*, dejándolo inutilizado y con cinco muertos y tres heridos, incluidos su comandante y segundo de a bordo. El *Hudson*, alcanzado también y tras varios intentos fallidos, logró sacar a remolque al destrozado torpedero, mientras los dos cruceros disparaban sobre las cañoneras y la ciudad misma, creyendo que había baterías costeras, pues no podían creer que todo ese daño y otros dos impactos en el *Wilmington* procediera de tan pequeño enemigo.

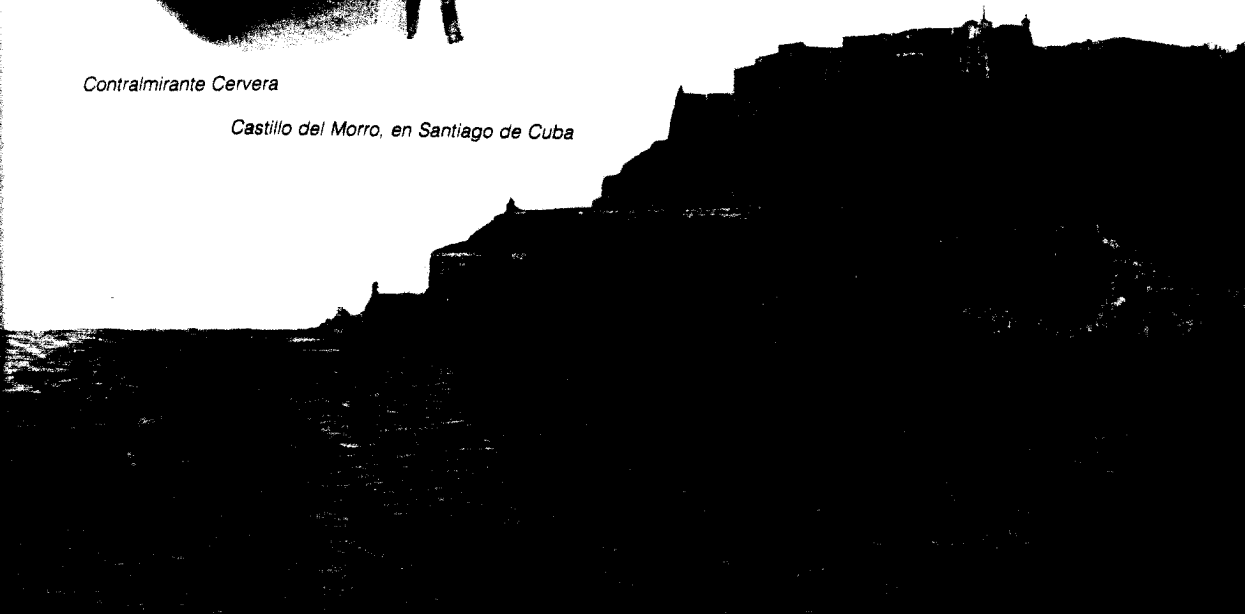
La *Antonio López* quedó acribillada por 12 tiros, pero a flote, y con solo uno o dos heridos; su comandante, el teniente de navío don Domingo Montes, recibió la Laureada de San Fernando.

Los españoles sufrieron siete bajas más en la población civil y guarnición de Cárdenas.

Al día siguiente llegaron de La Habana dos morteros de 320 m/m y seis cañones de 80 y 90 m/m para defender el puerto. Un día antes hubieran sido decisivos.

Es de notar que era el Ejército de Tierra el responsable de las baterías costeras, que sólo podrían tener aplicación naval.

Fuera por el escarmiento o por las baterías, los ameri-



canos no volvieron a intentar atacar Cárdenas en toda la guerra.

El torpedero *Winslow* quedó prácticamente inútil después del combate. Hasta 1901 no estuvo completamente reparado, y no debió quedar bien, ya que se le dedicó a buque escuela, hasta su baja, nueve años antes que sus gemelos.

Su tripulación, sin embargo, pudo felicitarse de que no estallara un torpedo de los que armaban el buque cuando lo alcanzó uno de los disparos españoles.

Duelo en Cienfuegos

El teniente de navío don Juan Carranza era el comandante del cañonero *Diego Velázquez*, de 180 toneladas, 13 nudos de velocidad y un armamento de dos cañones de 57 m/m y dos de 37.

Este y otros cañoneros operaban en torno a Cienfuegos; entre otras misiones, conducían un convoy que transportaba 3.000 soldados, 15 cañones y 800 caballos y mulas ante los mismos cañones de los cruceros yanquis.

El resultado de estas escaramuzas había tenido éxito hasta el presente, pero a Carranza le producía honda preocupación un combate abierto con unos buques *que si dan con noso-*

tros, nos aniquilan... siendo insuficientes nuestros fuegos para resistir el menor empuje de una escuadra del enemigo, como manifestó por escrito a Manterola. Le proponía dedicar esos pequeños cañoneros y lanchas sólo como exploradores y no aventurarlos mar adentro como escoltas de convoyes.

El 13 de junio recibió órdenes de esperar a la entrada de Cienfuegos al vapor *Purísima Concepción*, al que se esperaba con importante carga.

Carranza preparó a su barquito para lo peor: desmontó los aparejos, desembarcó todos los objetos de madera y preparó parapetos con sacos de carbón para proteger su tripulación de gallegos, cubanos y andaluces.

Fuera ya del puerto se puso a hacer círculos y ochos, esperando al gran vapor avistado.

Este no era otro que el crucero auxiliar (mercante armado) *Yankee*, con 6.888 toneladas, diez cañones de 127 y seis de 57 m/m. Un solo disparo de los primeros podía hundir o averiar gravemente al cañonero.

El barco americano intentó hacerse pasar por un pacífico mercante, el español; sin llamarse a engaño, le dejó acercarse, pues sus pequeñas piezas sólo eran efectivas a 2.000 metros.

Tras una hora de maniobras, el *Yankee* desplegó su bandera y abrió fuego a las tres de la tarde. El *Velázquez* le contestó de inmediato; la

Vista parcial del puerto de Cárdenas



Ramón Blanco,
gobernador general
de Cuba



distancia era tan corta que las tripulaciones se disparaban con fusiles.

En medio de una granizada de proyectiles, el *Velázquez* comenzó a zigzagear y a variar su velocidad para confundir a los artilleros yanquis, intentando ofrecer el menor blanco posible, maniobrando de modo que siempre tres de sus cuatro cañones disparasen sobre su enemigo, mientras éste no podía desarrollar toda su potencia de fuego por su posición.

Además, varios disparos alcanzaron al *Yankee*, provocando un principio de pánico en su dotación; el fuego se suspendió diez minutos, mientras un incendio brotaba a popa.

Tras 69 angustiosos minutos, después de haber disparado 193 granadas, de las que un buen porcentaje dio en el blanco, el *Velázquez* entró en Cienfuegos con seis heridos, incluido un contramaestre por bala de fusil.

Desembarcados los heridos, al cuarto de hora volvió a salir acompañado de las cañoneras *Lince* y *Cometa*, entre las aclamaciones de los soldados de las baterías de la boca de Cienfuegos.

Pero el *Yankee*, al parecer, ya había tenido bastante con uno, como para habérselas ahora con tres cascarones, y su capitán, Browson, debió pensar que el apresamiento del *Concepción* podía esperar mejor ocasión.

La tripulación del *Yankee* se formaba de reservistas navales, tal vez eso explique su escasa puntería: un 1 por 100 de 600 tiros. Lo que resulta menos explicable, aunque muy significativo, es que confundiera al cañonero con un contratorpedero, el *Galicia*, un buque casi tres veces mayor que el *Velázquez* y con dos tubos lanzatorpedos, cosa que echó mucho de menos Carranza en su barco.

Peor aún, la dotación dijo al llegar a Nueva York que habían dejado hundiéndose al barco español.

El *Diego Velázquez* fue vendido a la Marina de Venezuela tras el *desastre*, y sirvió en este

Cañonera Ligera



país con el nombre de *Miranda* hasta cerca del año 1930.

Manzanillo es un puerto situado en la costa sureste de Cuba, y cerca por tierra de Santiago de Cuba, de la que lo separa la Sierra Maestra.

Contra él se dirigieron el 30 de junio tres cañoneros de la flota estadounidense, *Hist*, *Hornet* y *Wompatuck*, de más de 300 toneladas cada uno, con un total de 15 cañones de 57, 42 y 37 m/m.

Cerca ya de su objetivo se encontraron con la cañonera *Centinela*, de 25 toneladas y un cañón de 37 m/m. Los tres buques la acribillaron con 25 impactos, uno de ellos en la línea de flotación, pero la valerosa dotación, que milagrosamente no había tenido más que un muerto, embarrancó la lancha en una playa para evitar su hundimiento, y montando el cañoncito en tierra siguió luchando.

Ataques y defensa del Manzanillo

Sobre las 3.30 de la tarde, la flotilla americana entró en el puerto de Manzanillo, escasamente

defendido por cuatro cañoneras: *Guardián*, *Guantánamo*, *Estrella* y *Delgado Parejo*, que sumaban en total más de 233 toneladas, y cuatro cañones de 42 ó 37 m/m, es decir, menos que cada uno de sus tres enemigos.

Además, y más como estorbo que ayuda, se encontraban dos inútiles pontones: el viejísimo vapor de ruedas *María* (comprado a México en 1850) y el cañonero de madera *Cuba Española*, con veintiocho años sobre su carcomida cubierta. Apoyaban a la escuadrilla española un par de cañones de campaña de la guarnición.

Tras una hora de fuego, el *Hornet* recibió un impacto que le seccionó la tubería principal de vapor, quedando el buque inmóvil, mientras una densa nube de ardiente vapor abrasaba al menos a tres de sus tripulantes.

El *Hist* había recibido por su parte 11 impactos; el *Wompatuk*, tres, así que no les quedó más que una difícil retirada; cuando la baqueteada flotilla se retiraba, se cruzaron con la mortificante estampa del *Centinela*, que, reflotado, volvía a su base.

Los españoles habían sufrido dos muertos,



Bahía de Santiago de Cuba

cuatro heridos y tres contusos en el *Delgado Parejo* (un regalo a la Marina de la colonia española en Nueva York) y en el pontón *María*.

La versión de los comandantes estadounidenses fue bastante mixtificadora: dijeron batirse con nada menos que cuatro cañoneros, cuatro pontones, una batería de artillería, un fuerte y un torpedero! (no había ninguno español en Cuba), y afirmaron haber hundido, aparte del *Centinela*, un cañonero, un pontón y una goleta española, dejando al resto averiados.

No debió ser así cuando al día siguiente intentaron de nuevo entrar en el puerto del *Scorpion* y el *Osceola*, con 850 y 571 toneladas y un total de ocho cañones. Tras veinte minutos de fuego,

y con 12 blancos sólo en el *Scorpion*, los buques americanos debieron retirarse.

Después de la destrucción de la escuadra de Cervera, el 3 de julio, intentó acabar la armada norteamericana con los molestos barquitos.

El 18 de julio, y al mando de *Todd*, que se resarcía así de su fracaso en Cárdenas, se introdujeron en el puerto de Manzanillo el ya nombrado *Wilmington*, su gemelo el *Helena* y los cinco cañoneros ya citados.

La flotilla española, ante tan abrumadora superioridad (relativamente más grande que la que afrontaron Cervera o Montojo) y escasa de municiones, decidió por último barrenar sus buques salvando tripulaciones, artillería y otros cargos. Los americanos acribillaron los abandonados cascos y los de tres mercantes que allí se habían refugiado: *Villaclara*, *Gloria* y el *Purísima Concepción*.

Aún el 12 de agosto, horas antes del armisticio, otra flotilla americana conduciendo un batallón de marines bombardeó Manzanillo, intimándola infructuosamente a la rendición. Su guarnición, gran parte de la cual había formado la columna con la que el general Escario había intentado hacía unas semanas liberar Santiago de su cerco, resistió hasta la firma del armisticio.

Pese al resultado final adverso, sorprende el hecho de que cuatro o cinco pequeñas cañoneras, lentas, escasamente armadas y sin ninguna protección, infligieran dos reveses a fuerzas tan superiores, sucumbiendo sólo frente a una concentración incomparablemente mayor y proporcionando a sus enemigos una victoria bastante insatisfactoria, que sólo cobró mayor relieve por la pérdida de los mercantes.

Otros mercantes menores se sucedieron en aguas antillanas, enfrentando a nuestros buques con los americanos. Los más resultaron indecisos, otros afortunados, algunos adversos, pero nunca tan desastrosos y unilaterales como los de Cavite y Santiago.

La mayor parte de las pérdidas de barcos fueron, como ya hemos visto, por autohundimiento y con escasas desgracias personales. Cuando llegó la paz, bastantes fueron vendidos o desguazados allí mismo, bien fuera por su estado previo a la guerra o porque resultaban ya inútiles para nuestra Marina.

Durante la guerra, pese a su estado e inferioridad, distrajeron grandes fuerzas del adversario que podían haber sido empleadas de otra manera; defendieron la costa, protegieron, dentro de sus limitadas posibilidades, a los mercantes forzadores del bloqueo e impidieron repetidas veces el contacto de los estadounidenses con los insurrectos.

Al final habían producido muchas más bajas y daños a sus enemigos que sus *hermanos mayores*, pero sólo el heroísmo y algo de buena suerte impidieron nivelar una balanza demasiado desequilibrada en contra nuestra.

Ramón Auñón y Villalón,
ministro de Marina en
mayo de 1898

